

JOSÉ ELÍAS ROMERO APIS

¿Qué esperar, desear o temer de Obama?

En lo que concierne a la paz, ello no tendría vuelta de hoja. Todos los gobernantes sensatos la han buscado. Pero el problema es el método de pacificación en el que cada uno cree.

Ya hemos presenciado la ceremonia inaugural más pomposa en la historia de Estados Unidos y, quizás, en la de todo el mundo. Ha superado a cualquier ascensión presidencial o coronación real. Creo que esto no ha sido solamente un proyecto comercial de la televisión sino, además de ello, un producto muy premeditado de la política, así planeado por razones coyunturales más que obvias.

Pero, más allá de la fiesta y ante la obligación de pensar en serio frente a un mundo en alta convulsión, tenemos que preguntarnos: ¿qué sigue? Y, sobre todo, ¿qué nos va a suceder?

Porque ya los estadounidenses han vivido un año en la euforia de las precampañas, las elecciones primarias, las convenciones de partido, la contienda electoral, el supermartes de la elección, el poselectorado, la integración del equipo, las primeras proclamas, los preparativos de la gala y el gran día de la inauguración del mandato.

Ese es el día destinado a rememorar las victorias, añorar las grandezas, tributar los honores, pedir los perdones, ofrecer las disculpas, jurar las lealtades y prometer las glorias. Todo ello, con creces justifica las complicaciones, los gastos y los riesgos de un ceremonial así. Frente a ello, poco importa si los discursos fueron grandiosos o pequeños, sinceros o mentirosos, inteligentes o facios. Mucho rito compensaría poco mérito, aunque no estoy acusando ausencia de valía.

Pero *hay días de tronar cohetes y hay días de recoger varas*, dicen en mi pueblo. Y después de la tronadera de petardos vamos a la recogedera de palos, comenzando por calcular, no *lo que va* a pasar, pues no somos adivinos, sino *lo que puede* pasar, porque eso es un ejercicio de políticos, aunque tan sólo sean tres cuestiones de otros tres "nichos" de eventualidad.

El primero sería lo que podría suceder en el gobierno estadounidense. Lo segundo, lo que llegaría a provocar en el devenir mundial. Lo tercero, lo que debemos prever los mexicanos.

En cuanto a lo primero, está claro que el presidente Obama es más predecible que un juego de la Selección Nacional. Las barajas con las que juega las podrían adivinar desde los tahúres principiantes hasta las cartomancianas de la Zona Rosa. Esta transparencia puede tener mucho de bueno como de malo, según sea el caso. Por otra parte, tratará de hacer un gobierno serio, empezando por el gabinete. Esto, que ya está su-

cediendo, siempre es bueno y no deja lugar para lo malo.

Pero una sorpresa, que no tiene que ver con su transparencia, sino con una errónea apreciación generalizada, consiste en que hará un gobierno más cercano a lo tradicional y conservador que a lo innovador y reformador. El perfil

del gobernante de cualquier país no se forma por el origen social, económico, racial, profesional, cultural, religioso o ideológico.

Baste ver que algunos de los presidentes mexicanos de cuna más humilde han sido de los mayores defensores de las desigualdades económicas de nuestro *statu quo*.

En lo que atañe a la situación global, todo indica que va a ser un presidente que se aplicará a la reconstrucción económica, la preservación

Continúa en siguiente hoja



Fecha 23.01.2009	Sección Primera: Nacional	Página 19
----------------------------	-------------------------------------	---------------------

de la paz y la recuperación del liderazgo mundial de Estados Unidos. Todo ello es un sable que *corta por los dos filos*. En lo económico, su obligación es salvar a su país y no al planeta. Si tiene que aplicarse a su nación a costa de otras lo tendrá que hacer.

En lo concerniente a la paz, ello no tendría *vuelta de hoja*. Todos los gobernantes sensatos la han buscado. Pero el problema es el método de pacificación en el que cada uno cree. Algunos han creído en la conciliación con el enemigo. Otros han creído en aniquilarlo. Pero en esto el gobernante no piensa solo. Lo inducen, lo presionan y hasta lo convencen los suyos. Sus aliados, sus asesores, sus generales, sus diplomáticos y sus correligionarios.

Por otra parte, decíamos, la restauración del liderazgo. ¿Qué podrá salir de este gobernante que se viste de Lincoln, de Roosevelt, de Kennedy y de Luther King? Esa complicada mezclanza, ¿generará un estadista maduro y centrado o va a parir un *mesías* confundido y extraviado? Sus ídolos inspiradores son grandiosos, pero peligrosos. Sólo el destino resolverá esta incógnita.

Por último, en lo que concierne a México, siempre “tan lejos de Dios y tan cerca de Estados Unidos”, el pronóstico es desalentador. A Barack Obama no le gusta la migración, no le gusta el TLC y no le gusta lo que hacemos contra el narcotráfico. Por si fuera poco, nuestro gobierno no se mueve bien ante nuestros vecinos. Mucho tendría que hacer, con inteligencia, valentía y rapidez, lo mismo en la Casa Blanca que en el Capitolio, igual en Wall Street que en Times Square y también tanto en Los Pinos como en San Lázaro.

En fin, la fiesta ha terminado y aquí no hay *tornafría*. Al frente sólo está la política de verdad. La que no se cansa, no se asusta, no se equivoca, no se tuerce y, al final de cuentas, no se rinde.

w989298@prodigy.net.mx